



# El naturalismo como criterio de demarcación: objeciones al “nuevo realismo” de Markus Gabriel

## Naturalism as a criterion of demarcation: objections on the “new realism” of Markus Gabriel

**Leonardo Cárdenas-Castañeda** ([leonardo.cardenas@ucaldas.edu.co](mailto:leonardo.cardenas@ucaldas.edu.co)) Departamento de Filosofía, Universidad de Caldas (Manizales, Colombia) <https://orcid.org/0000-0003-4888-2324>  
Role: conceptualización, escritura del original

### Abstract

In this paper, I intend to argue in favour of naturalism as the metaphysical foundation of science, showing that the "new realism" of Markus Gabriel is another contemporary version of relativism and idealism and even though Gabriel accepts the Fregean distinction between sense and reference its implications are explicitly anti-naturalistic. Specifically, the argument of naturalism that I am trying to offer here is an open critique of the anti-naturalistic and pseudoscientific consequences of Gabriel's "new realism". Another way of understanding this work is to show that naturalism can be a key piece to understand the contemporary discussion between science and pseudoscience.

**Key words:** Gabriel, naturalism, new realism, demarcation, science.

### Resumen

En este artículo me propongo realizar una defensa del naturalismo como fundamento metafísico de la ciencia, mostrando para ello que el “nuevo realismo” de Markus Gabriel es otra versión contemporánea del relativismo y del idealismo y a pesar de que Gabriel acepta la distinción fregeana de sentido y referencia, sus implicaciones son explícitamente antinaturalistas. En concreto, la defensa al naturalismo que intento ofrecer aquí es una crítica abierta a las consecuencias antinaturalistas y pseudocientíficas del “nuevo realismo” de Gabriel. Otra manera de comprender este trabajo es mostrar que el naturalismo puede ser una pieza clave para entender la discusión contemporánea entre la ciencia y la pseudociencia.

**Palabras clave:** Gabriel, naturalismo, nuevo realismo, demarcación, ciencia.

### Introducción

Uno de los problemas de la filosofía de la ciencia clásica, particularmente en la versión de la concepción heredada, consistía en construir un criterio de demarcación entre ciencia, metafísica y pseudociencia. Recordemos que los positivistas lógicos emplearon el principio empirista del significado para mostrar el sinsentido de las aparentes proposiciones de la metafísica, pues estas no son ni analíticas ni empíricamente verificables, y posteriormente declarar que solo las proposiciones



de las ciencias son las que tienen auténtico sentido, es decir, las proposiciones de la ciencia son susceptibles de verificarse a partir de la experiencia (T. Mormann y A. Peláez [El empirismo lógico](#)). Por su parte, Popper ([Conjeturas y refutaciones](#)), con su teoría deductivista de la falsación consideró que sus colegas positivistas habían comprendido el asunto de la demarcación de una manera errónea, pues más allá de compartir con Carnap y Hempel que, por ejemplo, la observación es neutral, pensaba que la observación misma no sirve para confirmar teorías, como en el caso del empirismo lógico, sin para refutarlas.

El criterio de demarcación popperiano, entonces, hace alusión a que uno de los rasgos distintivos de las proposiciones científicas es que deben ser refutables, de lo contrario éstas no pueden ser proposiciones científicas genuinas. Entretanto, para filósofos de la ciencia en la versión historicista como Hanson ([Observación](#)), con su teoría de la carga teórica de la observación, pensaba que los empiristas lógicos y Popper estaban abiertamente equivocados, ya que partían del supuesto de que la observación y la experiencia son neutrales. Según Hanson, cada vez que un científico “observa” un evento (experimentalmente) no sólo *observa* el evento, sino que *observa que* ese evento se comporta de acuerdo con determinada teoría o conocimiento teórico. A principios de los años 80, Larry Laudan ([The demise of the demarcation problem](#)) parecía echarle tierra al problema de la demarcación, aduciendo que más allá de definir un criterio de demarcación o de resaltar un rasgo distintivo de la ciencia que lo diferencie de la pseudociencia, lo relevante de cualquier actividad que tenga pretensiones de ciencia es la manera en que se puedan justificar epistémicamente. Sin este requisito, ninguna propuesta puede generar conocimiento, que es lo que debería importar.

Sin embargo, a pesar de este muy ligero repaso, *ex profeso*, al problema de la demarcación entre ciencia y pseudociencia, en lo que quiero llamar la atención es sobre el avance de ciertas teorías contemporáneas que a mi entender han resucitado el viejo problema de la demarcación, lo que muestra, entre otras cosas, no solo que no ha sido superado el tema de la demarcación, sino que también es necesario traerlo de nuevo a los debates filosóficos de la actualidad, pues la pseudociencia (tal como se presenta hoy día) se ha vestido con ropajes que aparentan pluralidad y modestia, pero con un análisis minucioso del asunto se puede mostrar que no es tal cosa. Justamente, la teoría filosófica contemporánea a la que me refiero es la que han propuesto filósofos influyentes como el italiano Maurizio Ferraris ([Manifiesto del nuevo realismo](#)) y el alemán Markus Gabriel ([Por qué el mundo no existe](#)), particularmente con la teoría que ellos mismos denominan “nuevo realismo”.

Así pues, lo que me propongo realizar en este artículo es una defensa del naturalismo como fundamento metafísico de la ciencia, mostrando para ello que el “nuevo realismo” de Markus Gabriel es la versión contemporánea de lo que otrora fue el relativismo y el idealismo que promovió la posmodernidad. A pesar de que Gabriel reniega de esta corriente y parece aceptar la distinción fregeana de sentido y referencia, sus implicaciones son explícitamente antinaturalistas, lo que lo acerca más a los filósofos de la escuela francesa de los años 70 y 80 que renegaban de nociones como la verdad y la objetividad de los hechos. En concreto, la defensa al naturalismo que intento ofrecer aquí es una crítica abierta a las consecuencias antinaturalistas y pseudocientíficas del “nuevo realismo” de Gabriel. Otra manera de comprender este trabajo es mostrar que el naturalismo puede ser una pieza clave para entender la discusión contemporánea entre la ciencia y la pseudociencia.



## El antinaturalismo de Markus Gabriel

En uno de sus célebres libros “Por qué el mundo no existe”, Gabriel considera que el naturalismo consiste en reducir toda visión del mundo exclusivamente en las ciencias naturales. Es decir, no es cierto que exista una única visión del universo que tenga como lugar privilegiado a las ciencias naturales. Esto es así porque el naturalismo “es la afirmación de que sólo existe la naturaleza y que es idéntica al universo, que es el ámbito de objetos de las ciencias naturales” (Gabriel 2016:182). Es decir, cualquier recurso al naturalismo debe ser necesariamente reduccionista, ya que toda referencia al mundo debe estar sometida a la imagen científica. Sin embargo, para Gabriel esta visión reduccionista y científicista correspondiente a la tesis naturalista está condenada al fracaso, pues según él no todos los fenómenos que pueblan el universo tienen que explicarse por medio de una ley científica, es más, normalmente la explicación científica es la que menos importa a la hora de describir un hecho: “Aunque todos vamos al cine, a conciertos o a museos, se niega que la experiencia estética sea simple entretenimiento. Pero parecería que el arte fuera sólo estímulos nerviosos, una manera particular de estimular nuestros cuerpos y cerebros humanos. Esta visión de las cosas es consecuencia de una generalización inadmisible de nuestras actitudes, propia de la ciencia empírica” (Gabriel 2016:153).

Si es cierto que no todos los fenómenos naturales tienen que reducirse necesariamente a la explicación científica, sí es cierto que existen otros puntos de vista que no tienen que ver con el enfoque reduccionista de las ciencias naturales. Entonces, tenemos que concluir que el naturalismo, tal como lo plantea Gabriel, tiene que desembocar en una tesis equivocada, o mejor aún, “el científicismo es simplemente falso porque, como sabemos, no hay una única Visión del Mundo” (Negrete 2016:140). Esta postura antinaturalista de Markus Gabriel se desprende de dos nociones que son elementos indispensables de su filosofía: su teoría del “nuevo realismo” y lo que el mismo Gabriel denomina “campos de sentido”.

Con respecto al primero, su teoría del “nuevo realismo”, es en palabras del mismo Gabriel “la tesis doble según la cual, primero, podemos conocer cosas y realidades en sí mismas y, segundo, las cosas y las realidades en sí mismas no pertenecen a un ámbito de objetos” (Gabriel 2016:183). Les propongo, pues, examinar con detenimiento esta teoría, un poco oscura para mi gusto, con el ánimo de esclarecer su significado. Creo que para simplificar las cosas podríamos empezar por la segunda parte de lo que supone el nuevo realismo: que las cosas y las realidades en sí mismas no pertenecen a un ámbito de objetos.

La idea que Gabriel tiene en mente es que, si bien puede existir una realidad independiente de objetos, también debe importar la manera en que esos objetos son conceptualizados. Una cosa es el objeto “Volcán Nevado del Ruiz”, que es independiente de los espectadores o de los sujetos cognoscentes, pero también es un objeto, un hecho, la manera en que un espectador puede divisar el Volcán Nevado del Ruiz desde la parte del Tolima, así como también es un hecho la manera en que divisamos el mismo volcán desde el lado del departamento de Caldas (aunque el ejemplo original de Gabriel es sobre el Vesubio, aquí me tomo la libertad de modificarlo para el caso de Colombia). Es más, también es un hecho la manera en que diviso el volcán desde la ventana de mi casa y también cuenta como hecho la manera en que usted observa el mismo volcán desde su terraza. Con este simple ejemplo, según Gabriel, podemos diferenciar un objeto independiente de los sujetos cognoscentes, a saber, el Volcán Nevado del Ruiz, pero también debería contar como



objeto las distintas experiencias que se tienen al ver el volcán desde la parte del Tolima, desde la parte de Caldas, desde mi ventana y desde sus terrazas.

Así que, desde este punto de vista, no hay ninguna especie de prioridad ontológica que nos indique que unos objetos valgan más que otros: “El nuevo realismo asume que los pensamientos sobre realidades existen con el mismo derecho que los hechos sobre los que reflexionamos” (Gabriel 2016:9). Aquí es importante mencionar dos cosas. Gabriel está intentando alejarse de dos tradiciones que aparentemente son contradictorias. Por un lado, la tradición que Gabriel denomina metafísica, que no es otra cosa que la tesis del realismo ontológico (el mundo existe al margen de los esquemas conceptuales) y, por otro lado, la tradición constructivista adoptada por el posmodernismo, para quienes el mundo no existe con independencia de los seres humanos, sino que la existencia del mundo obedece o es construida a partir de nuestro propio discurso. Precisamente, parte de la originalidad de la teoría de Gabriel es que intenta proponer un punto medio entre la filosofía analítica y la filosofía posmoderna, mostrando que tanto el realismo ontológico como el constructivismo son insostenibles: no es cierto que el mundo sea solamente de objetos independientes sin espectadores, como tampoco el mundo es el mundo de los espectadores o de los sujetos cognoscentes.

Sea esta la oportunidad para decir que, por esta misma razón, Gabriel considera que el constructivismo es una tesis narcisista, en la medida en que pone el acento en que todo lo que acaece depende única y exclusivamente de los espectadores. Una manera, entonces, de comprender el nuevo realismo de Gabriel es entenderlo como una amalgama entre los objetos que pueblan el mundo (de manera independiente) y los hechos que constituyen las descripciones que podamos hacer de él, sin caer en la tentación de privilegiar alguno de los dos aspectos del debate. El mundo, sencillamente, tal como lo concibe Gabriel, es amplio, razón por la cual su nuevo realismo es considerado como hiperrealista o hiperpluralista, en el sentido en que para él la realidad no solo incluye las cosas en sí mismas, sino también las apariencias de las cosas. El mismo Gabriel ha sostenido que su nuevo realismo intenta ofrecer una teoría realista neutral ([Realismo neutral](#), p.436), particularmente por no tomar partido ni por el constructivismo ni por la metafísica.

Llegados a este punto, podemos entrar a examinar la primera parte de lo que para Gabriel es la teoría del nuevo realismo, esto es, la tesis según la cual podemos conocer cosas y realidades en sí mismas. Fijémonos que Gabriel está hablando de realidades en plural, no está privilegiando un estado de cosas en particular, sino que, como lo mostrábamos unas líneas atrás, el mundo son los objetos independientes de nuestros esquemas conceptuales, pero también son objetos la manera en que percibimos y describimos esos objetos independientes. Aquí vale la pena detenernos un momento, porque para Gabriel esta especie de inflación ontológica tiene sus raíces en la semántica de Frege, en especial con su distinción entre sentido y referencia.

Recordemos que para Frege ([Sobre sentido y referencia](#)) el sentido es el modo de presentación del objeto y la referencia es el objeto designado mediante una proposición. La referencia es su valor de verdad, así que el significado de un enunciado se establece a partir de la relación entre el sentido y la referencia, esto es, la referencia puede tener distintos modos de presentación (el objeto Venus puede ser descrito como la estrella vespertina o la estrella matutina), pero no hay representación sin referencia, la descripción debe ser sobre algo. Para los fines de este texto, aquí estoy omitiendo *ex profeso* la discusión de las llamadas “lagunas veritativas”, la idea de que hay sectores del discurso que no son ni verdaderos ni falsos, fundamentalmente porque su referencia es borrosa, como con



los enunciados “la serie menos convergente” o “el planeta más alejado del sistema solar”, tal como lo afirma Frege.

Precisamente, la interpretación que hace este joven filósofo alemán sobre la semántica de Frege es lo que desemboca en la otra noción de la filosofía de Gabriel y que está muy a tono con su teoría del nuevo realismo, estoy hablando del concepto de “campo de sentido”. Este elemento clave de la filosofía de Gabriel consiste en que no solo la referencia está poblada de objetos, sino que el sentido de una proposición constituye un objeto mismo. Es decir, Gabriel considera que el sentido es objetivo, ya que se relaciona con un objeto independiente y menciona parcialmente propiedades de esos objetos (Gabriel [Sentido y existencia](#), p.41).

Hasta aquí creo que Gabriel le hace justicia a la noción fregeana de sentido, en la medida en que el sentido al igual que la referencia son objetivos, no obstante, el concepto de campo resulta un poco problemático, pues Gabriel da un paso más allá en sus presupuestos ontológicos y suscribe la idea de que los campos o las estructuras de pensamiento son parte de los propios objetos: son a esos campos de sentido a los que Gabriel les adjudica existencia. Sea esta la oportunidad para recomendar el artículo del profesor Juan Carlos Aguirre ([Campos de sentido](#)) quien realiza un desarrollo más amplio del concepto de “campo de sentido”. Siguiendo con Gabriel, “existir significa aparecer en un campo de sentido” (Gabriel 2017:190), a lo que también añade, el sentido es “la manera como los campos hacen aparecer objetos” (Gabriel 2017:43).

Si eso es así, entonces habría campos de sentido para todo, remitiéndonos obviamente al viejo principio conocido como La Navaja de Ockham, que parte de sus implicaciones es no multiplicar innecesariamente las entidades que pueblan el mundo. Un campo de sentido para la proposición “el actual rey de Francia”, un campo de sentido para la proposición “la Tierra gira alrededor del Sol”, inclusive habría campos de sentido para proposiciones existenciales negativas como “Artemisa no existe”. Igualmente, esto nos lleva al problema de los nombres propios, especialmente en la línea que comparten filósofos como Mill, el Wittgenstein del Tractatus y el propio Russell, quienes defienden una teoría del no sentido de los nombres propios. Una de las réplicas de John Searle ([Nombres propios y descripciones](#)), por ejemplo, es que los defensores de esta postura no pueden defender consistentemente la ocurrencia de los NP en enunciados existenciales. Si el significado del NP es el objeto denotado, habría una clase de objetos cuya existencia es necesaria. Así que la noción de “campo de sentido” multiplica las entidades que pueblan el mundo y ninguna de esas entidades pueden ser irreducibles a otras, ya que no hay campos de sentido predilectos y las descripciones que haría la ciencia sobre el mundo, por ejemplo, serían un campo de sentido entre otros posibles.

Obviamente, Gabriel es consciente de las dificultades que podría traer su teoría del nuevo realismo en términos ontológicos y epistémicos, pues esta versión tan amplia de lo que puede ser la existencia (este pluralismo de campos) podría llevarlo a una especie de relativismo, sin embargo, para despejar ciertas dudas sienta la siguiente posición: el nuevo realismo es compatible tanto con el realismo ontológico como con el realismo epistemológico. Dice Gabriel: “El realismo defendido es ontológico debido a que parte de un análisis del concepto de existencia. A la vez defendiendo un realismo epistemológico, que se une al ontológico” (Gabriel 2017:44). Según comprendo, el nuevo realismo de Gabriel es tan amplio, tan pluralista en lo que se refiere a la ontología, que todo tiene que ver con todo. En su versión de realismo la independencia ontológica está bien, eso se puede aceptar, pero también se puede aceptar un mundo donde existan las percepciones de los objetos, es decir, en su mundo, existen a la vez campos de sentido tan variados como el éter de Newton, el



flogisto, el motor inmóvil, las cuerdas, los bucles, pero también existen la nada, el absoluto y todas las posibles representaciones que podamos tener sobre ellos. De hecho, Gabriel define así lo que puede entenderse por existencia: “entiendo por ‘existencia’ el hecho de que un objeto o algunos objetos aparecen en un campo de sentido” (Gabriel 2017:142), y como dependemos de los campos de sentido donde cada uno de estos objetos son creados, entonces solamente desde esos campos podemos conocerlos.

Ante este panorama, el antinaturalismo de Gabriel se hace más comprensible, pues lo que le molesta a Gabriel es la prevalencia de la imagen científica ante otros puntos de vista más pedestres. Su pluralismo de campos lo lleva a aceptar un realismo ontológico (también todos los realismos propuestos), pero eso no lo lleva a aceptar que la ciencia sea el punto de vista privilegiado que dé cuenta de cómo es esa realidad independiente. Ese es el significado del controvertido título de su libro más célebre, “Por qué no existe el mundo”, no existe el mundo a la manera en que lo interpreta la ciencia. A Gabriel le repele ese monismo dominante que pueda tener el pensamiento científico, pues existe una pluralidad de mundos, todos ellos con sus propios e infinitos modos de existencia, o mejor aún, “existen infinitud de objetos porque existen infinitos sentidos” (Vega 2022:263).

### Una defensa del naturalismo y sus modos

Me gustaría empezar este apartado llamando la atención en algo que en la argumentación de Gabriel no está bien definido. Se trata del asunto según el cual el naturalismo no puede ser una tesis plausible porque la visión de la ciencia no puede ser la privilegiada, sería algo así como un campo de sentido entre muchos otros. Recordemos que para Gabriel la tesis central del naturalismo radica en “que sólo existe la naturaleza y [...] es el ámbito de objetos de las ciencias naturales” (Gabriel 2016:182). De allí justamente el recelo de Gabriel hacia este enfoque naturalista que tiene una carga reduccionista importante.

La primera dificultad de la tesis de Gabriel tiene que ver con el concepto de “naturaleza”. Obviamente, Gabriel considera que el naturalismo utiliza el término “naturaleza” como equivalente a los objetos de la ciencia natural, exclusivamente. Sin embargo, como bien señala el biólogo y filósofo Martin Mahner, colaborador con Mario Bunge en varios textos, debemos diferenciar dos conceptos de naturaleza. Por un lado, naturaleza puede entenderse solo como objeto de las ciencias naturales, pero también podemos comprender a la naturaleza desde una perspectiva más amplia, que incluye a los objetos de la ciencia natural, pero también a los objetos de las ciencias sociales y, en general a la cultura. De hecho, la idea de Mahner es que existen diferentes modalidades de naturalismo, siendo el siguiente el más básico de todos, esto es lo que llama el propio Mahner como naturalismo metafísico o naturalismo ontológico fuerte: “solo hay un mundo o naturaleza [en sentido amplio], en el que no pasa nada ‘anómalo’; no existe una sobrenaturaleza” (Mahner 2022:20). En consecuencia, si la teoría del nuevo realismo que defiende Gabriel tiene como fin el de dismantelar al naturalismo como un enfoque que solo prioriza y se reduce solo a las ciencias naturales, entonces Gabriel yerra el tiro, ya que la tesis que se desprende del naturalismo ontológico o metafísico hace alusión a todos los objetos que existen en el mundo (en un sentido amplio) y que pueden ser susceptibles de explicaciones propias de las ciencias naturales, sociales o culturales. El punto es el siguiente, bajo esta definición de naturalismo ontológico, Gabriel se queda sin herramientas para atribuirle al naturalismo la propiedad de ser reduccionista o monista. Las únicas explicaciones que un naturalista ontológico rechaza son las explicaciones e interpretaciones sobrenaturales como las religiosas, ocultistas o esotéricas, por ejemplo. Aunque, la teoría del nuevo



realismo de Gabriel es tan laxa que bien podría proponer que los objetos de la religión o del esoterismo existen porque tienen su propio campo de sentido, dada la naturaleza de este trabajo solo voy a enfocarme en la categoría de naturalismo ontológico y más adelante haré mención al naturalismo epistemológico y al naturalismo metodológico. Pero, las otras variantes como el naturalismo antropológico, naturalismo ético y el naturalismo lógico no las utilizaré en este texto. Además, dejaré de lado la versión débil del naturalismo ontológico, que afirma “que nuestro universo, en el que no pasa nada ‘anómalo’, es causalmente cerrado; es decir, no interactúa con una posible sobrenaturaleza existente” (Mahner 2022:20).

Como nos hemos podido dar cuenta hasta aquí, Gabriel aborda la discusión con el naturalismo de una manera indistinta, es decir, para Gabriel ser naturalista es hablar de todo lo que existe en la naturaleza y eso es lo que privilegia las ciencias naturales. En este punto es donde encuentro otra de las dificultades más marcadas que se deriva de la teoría del nuevo realismo de Gabriel. Para mí, la definición de naturalismo de este filósofo alemán es bastante confusa, ya que se esconden dos caracterizaciones de naturalismo diferentes y que no siempre están relacionadas. Por un lado, podemos extraer un naturalismo ontológico en la medida en que solo la naturaleza es la que existe (desde un punto de vista demasiado general), es decir, hay un mundo de objetos que existen *per se* que carece de anomalías. Pero, por otro lado, podemos entrever un naturalismo epistemológico, según el cual la ciencia natural es la que puede interpretar correctamente el funcionamiento real de esa naturaleza que de antemano existe.

El asunto es que podemos ser naturalistas ontológicos, creer a lo Mahner en que no hay una sobrenaturaleza, solo hay un mundo o una naturaleza en que no ocurre nada extraño, pero a la vez podemos no aceptar un naturalismo epistemológico, o sea, ser escépticos en que la ciencia natural pueda ofrecernos una descripción correcta o exacta de la naturaleza, o que solamente el conocimiento tiene que ser científico. De hecho, Mahner interpreta así el naturalismo epistemológico: “El conocimiento debe interpretarse como un problema netamente científico (natural) y puede abordarse o explicarse, en suma, sin auxilio de una epistemología filosófica” (Mahner 2022:20). Como ya han advertido, esta discusión está muy asociada con los distintos niveles de realismo, pues uno puede aceptar un realismo ontológico (la existencia del mundo al margen de nuestros esquemas conceptuales) y, al mismo tiempo, admitir un antirrealismo epistemológico (no podemos saber cómo es ese mundo independiente de mis patrones de descripción y de interpretación, como una variante del idealismo trascendental de Kant). Esta relación del naturalismo con el realismo es interesante porque nos ayuda a entender que cada versión del naturalismo y del realismo tienen compromisos ontológicos y epistemológicos diferentes, razón por la cual debemos ser cuidadosos en preguntar y examinar con qué tipo de naturalismo y de realismo estamos debatiendo. Si no tenemos en cuenta estas diferencias, el asunto se suele tornar bastante vago, como ocurre justamente con la propuesta de Gabriel.

Siguiendo con el asunto que nos ocupa, el del naturalismo, Gabriel asume, pues, que todo aquel que abraza el naturalismo se compromete con todas sus bifurcaciones. Claro, quien acepte el naturalismo epistemológico se debe comprometer con el naturalismo ontológico, pero la combinación inversa no necesariamente se sigue, como ocurre con el realismo. Si me declaro realista epistemológico, debo admitir también el realismo ontológico. Ahora, seguramente Gabriel está pensando en la versión más radical de la epistemología naturalizada que es la que se desprende de Quine cuando éste sostenía, por ejemplo, que la epistemología debe estar contenida en la ciencia



natural (Quine [Epistemología naturalizada](#)), esto es, que solo el conocimiento que se desprende de la ciencia natural debe ser el dominante o el único posible, eliminando cualquier asomo filosófico.

Sin embargo, la epistemología naturalizada no necesariamente tiene que interpretarse bajo estos preceptos tan extremos. De hecho, la filósofa Susan Haack sostiene que la epistemología naturalizada de Quine se basa en “la tesis de que los problemas tradicionales de la epistemología son ilegítimos o están concebidos erróneamente, y deberían abandonarse, para sustituirse por cuestiones científico-naturales sobre la cognición humana” (Haack 1997:165). Para contrarrestar esta versión revolucionaria de naturalismo epistémico, Susan Haack plantea un naturalismo que ella denomina moderado y modesto, al que técnicamente lo sintetiza como naturalismo aposteriorista, reformista y restringido. Esto es así porque la tesis de la epistemología naturalizada puede resultar ambigua, pues puede dar la impresión de que lo que plantea esta teoría es que los problemas clásicos de la epistemología son genuinos, sin desconocer los avances de la ciencia empírica (naturalismo expansionista). También se puede interpretar la epistemología naturalizada como aquella que sostiene que los desarrollos de la ciencia pueden ayudar a resolver problemas tradicionalmente filosóficos (naturalismo reformista) y, por último, el naturalismo epistémico, que establece que solamente la ciencia es la que debe gozar de una posición privilegiada frente al conocimiento que pueda aportar la filosofía o la epistemología tradicional. Así que el naturalismo moderado de Haack tiene, según ella, el atractivo de reconocer en la ciencia a un buen aliado para tratar asuntos de la epistemología clásica, sin necesidad de caer en una especie de científicismo.

Lo que me interesa mostrar en este punto es que, si Gabriel adopta el naturalismo revolucionario o radical (que tiene como una de sus consecuencias el de suscribir un científicismo o un monismo naturalista que es justamente la versión de naturalismo que Gabriel utiliza como sparring para argumentar a favor de su nuevo realismo), entonces queda preso de una especie de falacia de ambigüedad. No porque existan muchas modalidades de naturalismo que no necesariamente son reducibles entre sí, uno puede aceptar un naturalismo ontológico y no adoptar un naturalismo epistemológico o rechazar un naturalismo ético. Siguiendo a Mahner, “los enunciados normativos (prescriptivos) pueden traducirse sin pérdida en enunciados declarativos (descriptivos). Ejemplo: Haz X= Tienes el deber de hacer X; No hagas X= No tienes derecho a hacer X” (Mahner 2022:20). Lo que hace justamente Gabriel es pasar de una modalidad de naturalismo a otra sin sonrojarse, pues aceptar la concepción epistémica del naturalismo no implica abrazar el punto de vista científicista.

Por esto me parece particularmente atractiva la versión moderada del naturalismo de Haack, pues su teoría responde adecuadamente a la pregunta de si la ciencia posee un estatus epistémico especial. Obviamente, como lo he venido sugiriendo, un naturalismo radical como el de Quine, y también así lo interpreta Gabriel, se inclina por una respuesta que ubica a la ciencia en un lugar privilegiado, pues es el sustituto único de la epistemología tradicional. No obstante, Haack considera que si bien se debe reconocer un status epistemológico especial y distinguido a la ciencia, de ahí no se sigue que la ciencia goce de una posición de absoluto privilegio con respecto a las maneras en que obtenemos conocimiento, pues aunque la ciencia ha obtenido éxitos grandiosos y ha formulado hipótesis explicativas importantes que se han corroborado detalladamente mediante la observación y la experimentación rigurosas, de ahí no se sigue que la ciencia anule otras alternativas. Por esta razón, Haack piensa que el naturalismo revolucionario de Quine es amplio porque *todos* los problemas de la epistemología tradicional deben sustituirse exclusivamente por las ciencias naturales, mientras que su naturalismo moderado es restringido porque reconoce en la ciencia a un buen socio para solucionar *algunos* problemas de la epistemología tradicional. De hecho, cuestiones



que tienen que ver con los requisitos o condiciones para considerar una teoría científica como mejor que otra, o para establecer las pautas que nos permiten identificar el éxito de la ciencia, o para establecer los principios que justifican las creencias o los criterios que debe emplear la ciencia empírica para que algo cuente como evidencia, corresponden a pautas que no son propias de la ciencia misma, sino que dependen de los resultados de discusiones metateóricas, como las que se adelantan en filosofía de la ciencia o en la misma epistemología, entendida de la manera tradicional.

## Conclusiones

Para quienes consideran que, efectivamente, la teoría del nuevo realismo de Gabriel es plausible en la medida en que alienta tanto el pluralismo, la imparcialidad, así como la igualdad de todos los puntos de vista, ya sea porque la ciencia no puede apropiarse la última palabra para explicar determinados fenómenos, o porque la ciencia es imperfecta y no siempre lleva a explicaciones concluyentes, quiero que piensen en las consecuencias nefastas para la humanidad que trajeron consigo el negacionismo sobre el calentamiento global, el vínculo entre el consumo del tabaco y el cáncer de pulmón o la reciente Covid-19, solo por mencionar algunos, como lo ilustran Naomi Oreskes y Erik Conway en su revelador libro “Mercaderes de la duda”. Recordemos que en el año de 1953 las industrias tabacaleras patrocinaron varias investigaciones cuyo propósito fue el de desvirtuar una publicación que mostraba la estrecha relación entre el alquitrán de los cigarrillos con el cáncer que desarrollaban los ratones en el laboratorio (como lo menciona McIntyre [Posverdad](#), p. 50). En efecto, lo lograron. Durante cuatro décadas las compañías tabacaleras pudieron fomentar una historia que hacía dudar y negaba el nexo entre el consumo excesivo de tabaco y el cáncer de pulmón, durante todo ese tiempo se desarrolló una idea paralela y contraria a la que exponía la ciencia. A finales del siglo XX la evidencia a favor de aquel estudio científico de 1953 fue tan abrumadora que no hubo más remedio que sancionar a las compañías de tabaco por haber ocultado durante casi medio siglo las pruebas que relacionan el consumo de tabaco con el cáncer y por haber puesto en riesgo la salud pública mediante promoción de estudios fraudulentos.

El resultado de todo esto es que no hay nada más provechoso para la proliferación de la pseudociencia que una tesis que pone en el mismo rasero a la ciencia y a cualquier otra opinión. Esta tesis tan conveniente para la pseudociencia es la que lleva a cabo el nuevo realismo de Gabriel. Allí las teorías científicas y las teorías fraudulentas (como en el caso de las compañías tabacaleras) son igualmente loables, pues todas tienen su propio campo de sentido que les permite otorgarle un estatus de existencia a todo lo que sea predicable.

Claro, la confusión de Gabriel consiste en que su nuevo realismo tiene la ventaja de no otorgarle ninguna prioridad epistémica a la ciencia. El problema, como lo he intentado mostrar, es que la actitud antinaturalista de Gabriel parte del supuesto de que reconocer una posición distintiva a la ciencia equivale a que la ciencia goce de absoluto privilegio frente a otras formas de conocimiento. De ahí que, en mi opinión, una manera de enfrentar estas nuevas elucubraciones contemporáneas como la del nuevo realismo de Gabriel consista en volver a plantear el viejo problema de la demarcación entre la ciencia y la pseudociencia, no ya pretendiendo encontrar la esencia o la condición necesaria y suficiente para definir lo que pueda ser catalogado como ciencia y lo que no, como lo hacían hace casi 100 años los empiristas lógicos y Popper. Más bien, si tenemos un cúmulo o un racimo de criterios de demarcación, podemos tener una herramienta útil para teorías como la de Gabriel que se supone realista. De hecho, Mahner también considera que existe una posibilidad de lograr una demarcación con métodos *cluster*, que tiene su raíz en la clasificación biológica. Pero,



él está hablando de confeccionar un perfil de propiedades en una determinada área de conocimiento en un sistema de coordenadas. Sin embargo, lo que he pretendido mostrar en este trabajo es elaborar un racimo de alternativas naturalistas que sea común a todas las áreas de conocimiento. Precisamente, criterios como el naturalismo metafísico u ontológico y un naturalismo epistemológico moderado pueden ser candidatos adecuados para tal fin. Quedará para otro trabajo si el naturalismo nos puede abastecer de otras variables que puedan robustecer, si se me permite la expresión, el cúmulo naturalista.

### **Bibliografía**

- Gabriel, M. (2016). *Por qué el mundo no existe*. Oceano.
- Gabriel, M. (2017). *Sentido y existencia. Una ontología realista*. Herder.
- Haack, S. (1997). *Evidencia e investigación. Hacia la reconstrucción en epistemología*. Tecnos.
- Mahner, M. (2022). *Naturalismo*. Laetoli.
- Negrete, J. A. (2016). En defensa del mundo. Notas críticas a la ontología hiperpluralista de Markus. *Análisis*, 3(1), 137-147. [https://doi.org/10.26754/ojs\\_arif/a.rif.201611287](https://doi.org/10.26754/ojs_arif/a.rif.201611287)
- Vega, A. (2022). El nuevo realismo: un análisis de las propuestas de Quentin Meillassoux, Graham Harman, Maurizio Ferraris y Markus Gabriel. *Thémata*, (65), 248-270. <https://doi.org/10.12795/themata.2022.i65.11>

Recibido el 4 Sep 2023

Aceptado el 30 Nov 2023